

LAS TRES NARANJAS

2º- 3º

Había una vez un rey y una reina, que tenían una hija tan hermosa como la luz del día y otra buena como una santa. Al cumplir los dieciocho años, la joven enfermó tan gravemente que el rey mandó a buscar el mejor médico del reino y le dijo:

-Aquí tienes 1000 monedas de oro. Y recibirás el doble de esta cantidad, si curas a mi hija."

El médico respondió:

-"Señor Rey, vuestra hija sanará. Pero el remedio no se encuentra aquí, sino muy lejos, en el país de las Naranjas. En ese país hay un hermoso jardín, donde nunca caen las heladas. Allí hay un árbol de naranjas cubierto de flores blancas y donde todos los ruiseñores entonan su canción. Sobre ese árbol hay nueve naranjas de viejo dorado. Señor Rey, enviad a un joven a que coseche tres de los frutos y los traiga. Al comer la primera, vuestra hija se levantará de la cama; al comer la segunda, estará más hermosa y sana que nunca; y al comer la tercera, dirá: 'No encontrará paz ni tranquilidad, hasta casarme con el joven que me ha traído las naranjas'."

El rey ordenó a sus heraldos dar esa noticia en todo el reino:

-"La hija del rey está muy enferma. Para curarse tiene que comer tres naranjas, las cuales se encuentran en un lejano país. El rey promete a su hija en matrimonio a aquel joven quien le traiga las frutas".

Por entonces vivía en su casita una pobre viuda con sus tres hijos. Los dos mayores eran holgazanes, bebedores y jugadores. El más joven, sin embargo, era amable y servicial, trabajador, inteligente, fuerte y valiente.

El mayor de los hijos dijo:

-"Madre, habéis escuchado lo que proclamó el reino. Dadme una canasta, e iré al país de las naranjas. A mi regreso, me casaré con la hija del rey".

El mayor caminó y caminó durante siete semanas, desde el amanecer hasta la medianoche. Por fin llegó al país de las naranjas. En ese país había un hermoso jardín, donde nunca caen las heladas. Allí había un árbol de naranjas cubierto de flores blancas y donde los ruiseñores entonaban su canción. Allí estaban las nueve naranjas de viejo dorado. El mayor sacó tres

naranjas, las colocó en su canasta y emprendió el camino de regreso. Hacia el final de su viaje, estaba descansando bajo un gran árbol junto a una fuente. Al borde de esa fuente estaba sentada una mujer, negra como una chimenea y vieja como una carretera.

"Querido amigo, ¿qué llevas en tu canasta?", preguntó.

"Vieja, llevo tres sapos".

"Bien, tus sapos serán".

Antes del amanecer, el mayor de los hermanos llegó al castillo real.

"Señor Rey, aquí traigo las tres naranjas. Dadme ahora a vuestra hija como esposa".

Al abrir el rey la canasta, exclamó:

"¡Miserable!, aquí hay tres sapos. ¡Verdugo, toma a este holgazán y castígalo!".

El verdugo obedeció.

Al día siguiente, el segundo de los hijos le dijo a su madre:

"Madre, habéis escuchado lo que ha proclamado el reino. Dadme una canasta, e iré al país de los naranjos. A mi regreso, me casaré con la hija del rey".

El segundo hijo caminó y caminó durante siete semanas, desde el amanecer hasta la medianoche. Por fin llegó al país de los naranjos. Allí, en el hermoso jardín, encontró el árbol con las nueve naranjas de rojo dorado. Sacó tres naranjas, las colocó en su canasta y emprendió el regreso. Hacia el final de su viaje, se detuvo bajo el mismo árbol junto a la fuente, donde la anciana le preguntó:

"Querido amigo, ¿qué llevas en tu canasta?", preguntó.

"Vieja, llevo tres serpientes".

"Bien, tus serpientes serán".

Antes del amanecer, el segundo hermano llegó al castillo real.

"Señor Rey, aquí traigo las tres naranjas. Dadme ahora a vuestra hija como esposa".

Al abrir el rey la canasta, exclamó:

"¡Miserable!, aquí hay tres serpientes. ¡Verdugo, toma a este holgazán y castígalo!".

El verdugo obedeció.

Al día siguiente, el menor de los hermanos le dijo a su madre:

"Madre, sabéis lo que ha proclamado el reino. Iré al país de los naranjos. A mi regreso, os daré un poco de dinero".

El hijo menor caminó durante siete semanas, desde el amanecer hasta la medianoche, hasta llegar al país de las naranjas. En el jardín, encontró el árbol con las tres naranjas de rojo dorado. Las tomó y las colocó en su canasta. Al regresar, se detuvo bajo el mismo árbol junto a la fuente, donde la anciana le preguntó:

"Querido amigo, ¿qué llevas en tu canasta?", preguntó.

"Vieja, llevo tres naranjas".

"Bien, tus naranjas serán".

"Querido chico, por favor, lléname mi jarra con agua clara de la fuente".

"Con mucho gusto, querida señora".

"Muchas gracias, amigo. Dime, ¿qué harás con estas naranjas?"

"Querida señora, quiero llevarlas al rey para que sane su hija. El rey ha prometido su hija en matrimonio a quien le traiga este obsequio. Yo, sin embargo, soy demasiado pobre para casarme con una princesa. Tal vez el rey me dé algún dinero para mi madre, que ya no puede trabajar".

La anciana le dijo entonces:

"Amigo, sí, te casarás con la hija del rey. Pero aún no has llegado al final de tus pruebas. Escúchame: primero, el rey te ordenará ahuyentar todas las moscas de su reino. Toma este látigo. Ni bien las moscas escuchen su chasquido, volarán a una distancia de siete millas y no regresarán jamás. Luego, el rey te pedirá que durante una semana cuides a 300 corderos en el campo, devolviéndolos todos al anochecer. Toma este pito de plata. Al silbar con él, los corderos se reunirán a tu lado y te seguirán como perros. Finalmente, el rey te pedirá uno de los corderos. Se lo darás, pero bajo una condición: toma este anillo dorado y dile al rey: 'Tomad vuestro cordero. Como recompensa, permitidme colocar este anillo en el dedo de vuestra hija'. Tan pronto como el anillo esté en el dedo de la princesa, ella exclamará: '¡Padre, moriré si no me casó con este joven que me trajo las naranjas!'".

"Gracias, buena señora. Os obedeceré".

El joven se despidió de la anciana y siguió su camino. Antes del amanecer, llegó al castillo real. –

"Buenas noches, señor Rey. Aquí os traigo las tres naranjas". El rey las examinó y dijo:

"Os agradezco, amigo, por las tres naranjas".

La princesa comió la primera naranja y se levantó de la cama. Comió la segunda y estaba más hermosa y sana que nunca. Comió la tercera y dijo:

"No tendré paz ni tranquilidad hasta estar unida en matrimonio con el joven que me trajo las naranjas".

Pero el rey, mirando al joven con malicia, le dijo:

"Muchacho, recibirás a mi hija solo después de ahuyentar todas las moscas de mi reino".

"Señor Rey, os obedeceré".

El joven dio un chasquido con su látigo, y las moscas volaron a siete millas de distancia, sin regresar jamás.

"Señor Rey, he cumplido vuestra orden".

El rey, aún con malicia, le dijo:

"Muchacho, recibirás a mi hija solo cuando hayas cuidado 300 corderos en el campo durante una semana, devolviéndolos todos al establo cada noche".

"Señor Rey, os obedeceré".

El joven usó el pito de plata, y cada noche los corderos lo seguían como perros.

"Señor Rey, he cumplido vuestra orden".

El rey, finalmente, le dijo:

"Muchacho, dame uno de tus corderos".

"Señor Rey, elegid vuestro cordero. Como recompensa, permitidme colocar este anillo en el dedo de vuestra hija".

"Hágase así".

El joven puso el anillo en el dedo de la princesa, y ella exclamó:

"¡Padre, moriré si no me caso con este joven!".

"Hija mía, mañana celebraremos la boda".

El anillo dejó de apretar, y la princesa quedó tranquila. A la mañana siguiente, se celebró la boda, y la princesa y su esposo vivieron felices durante mucho tiempo.

Aportación de Ernesto Miralles R.